

son en el dominio de la moral; lo son todavía más en sus doctrinas sociales. Los cristianos, lo mismo que los estoicos, desdeñan el lazo de la patria; la libertad exterior les interesa también muy poco; se acomodan al despotismo de Neron lo mismo que aceptan la esclavitud. ¿Cuál es su gran preocupación? Su salvación. En aquel trabajo de perfeccionamiento, el mundo exterior desaparece enteramente, las instituciones sociales ó políticas no tienen importancia alguna. Los cristianos y los estoicos obedecen, pues, á la misma tendencia. En nuestros días se han manifestado ideas completamente contrarias. Los reformadores modernos han tratado, sobre todo, de modificar, de cambiar las instituciones políticas y sociales, sin preocuparse gran cosa de la transformación de los individuos. Estos son dos sistemas opuestos, y creemos que uno y otro son exclusivos y falsos. Aquel que no piensa más que en su perfeccionamiento ó en su salvación, olvida fácilmente á sus semejantes: la pendiente es rápida del trabajo solitario del filósofo ó del asceta al egoísmo, y á fuerza de egoísmo, falta á su objeto. ¿Cómo se ha de perfeccionar el hombre si deja de trabajar por la salvación de sus semejantes? ¿Puede coexistir la perfección con el egoísmo? La obra misma de la salvación implica, pues, la caridad, la solidaridad, es decir, el perfeccionamiento de la sociedad. En este sentido los reformadores del siglo XIX tienen razón en querer perfeccionar el medio en que el hombre está destinado á vivir y obrar. Pero se han hecho una extraña ilusión al creer que bastaba cambiar el mecanismo político ó social para reformar la humanidad. Esto hasta implica contradicción. ¿No es el hombre el agente necesario de toda reforma? Si el hombre permanece siempre el mismo, ¿cómo podría realizarse la reforma? En vano redactaréis una Constitución que garantice todas las libertades; si el espíritu del pueblo que debe regir no es libre, estas libertades no serán más que una vana palabra. Epicteto diría, y tendría mil veces razón, que semejante pueblo es esclavo. Para renovar la sociedad se necesita regenerar á los hombres; esto es lo que han hecho primeramente los estoicos y después los cristianos. Tal era la verdadera misión del estoicismo romano; Epicteto tenía conciencia de ello al escribir estas palabras acerca del bien que deben hacer los filósofos: «Es menester que cada cual llene

su misión; ¿si tú dices á tu patria un ciudadano honrado y virtuoso, no le habrías prestado algún servicio?» (1).

Lo excesivo del estoicismo y del cristianismo se explica por las circunstancias históricas en que tuvieron nacimiento. Los Griegos y los Romanos exageraban el elemento social á expensas del elemento individual; por mejor decir, el Estado absorbía enteramente y anulaba al individuo. ¿Qué resultó de ahí? Que la decadencia de la ciudad antigua produjo la desmoralización de los ciudadanos; el mundo amenazaba perecer en una innoble decrepitud. El estoicismo fué una violenta reacción contra este vicio de la sociedad greco-romana, y, como toda reacción, excedió sus límites. Lo mismo sucedió con el Cristianismo. Sin embargo, una y otra doctrina, la filosofía y la religión revelaron la verdadera misión del hombre, que es su perfeccionamiento ó su salvación. Lo que prueba que el estoicismo y el cristianismo estaban en lo cierto es que la Providencia tuvo que venir en ayuda de la sociedad antigua para regenerar la humanidad. ¿Y cuál fué el instrumento de esta vida nueva? Las razas bárbaras, que se distinguían precisamente por el espíritu de individualismo de que carecía la antigüedad. Los estoicos y los cristianos estaban, pues, en el camino de Dios. Sólo que de un exceso pasaron al exceso contrario; el socialismo dejó paso al individualismo. De las dos doctrinas la de los estoicos es la que más se aproxima á la verdad: el individuo y su desenvolvimiento son realmente el fin; la sociedad no es más que el medio. Pero como es un medio necesario, fuera del cual no podría el hombre ni aún vivir, es menester perfeccionar la organización social para ayudar al individuo en el trabajo de su perfeccionamiento.

§ VII.—Marco - Aurelio (2).

El cardenal Barberin dedicó la traducción de Marco-Aurelio á su alma «para ponerla más roja que la púrpura á la vista de las

(1) EPICET., *Man.*, XXIV, 4.

(2) Seguimos en general la traducción de PIEBBON. Paris, 1843.

virtudes de aquel gentil.» La filosofía participa del entusiasmo del príncipe de la Iglesia. «Haced abstracción por un momento de las verdades reveladas, dice *Montesquieu*, buscad por toda la naturaleza y no encontraréis objeto más grande que los Antoninos» (1). ¿Quién es ese hombre que ha sabido conciliarse los votos de los católicos y de los filósofos? Marco Aurelio es una de las más bellas figuras de la antigüedad; brilla como Sócrates por la divina armonía de la doctrina y de la vida. Procede de la escuela de Zenon, pero no es consecuente con sus principios. Estas inconsecuencias son las que hacen su grandeza: ha abandonado la bandera de una secta para afiliarse á la de la humanidad.

Los estoicos contaban la piedad entre el número de debilidades indignas del hombre. Séneca, Epicteto mismo participaban de esta preocupacion. El alma de Marco Aurelio, *nada inexorable* (2), no podía someterse á semejante doctrina (3). Epicteto es un asceta cristiano, preocupado casi exclusivamente con su perfeccionamiento. La filosofía de Marco Aurelio es una continua preocupacion de la felicidad de sus semejantes. Es todo amor: «¡Oh alma mía, exclama; sentirás al fin la felicidad de amar, de querer á los hombres!» (4).

La fuente de esta caridad está ante todo en el alma amante de Marco Aurelio. ¿Pero no se liga á una concepcion filosófica, religiosa? Ningun pensador de la antigüedad tiene un sentimiento tan vivo de la unidad, de la fraternidad humana, y de esta idea se desprende lógicamente la caridad. Considera primeramente la unidad de una manera absoluta: «Todas las cosas están ligadas entre sí y con un vínculo sagrado. Todos los seres están coordinados juntos, todos concurren á la armonía de un mismo mundo. No hay más que un solo mundo que lo comprende todo, un solo Dios que está en todas partes, una sola ley, en fin, una verdad única.»

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXIV, 10.—ID., *Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. XVI: «No puede leerse la vida de Marco-Aurelio sin enternecimiento; es tal el efecto que produce que se tiene mejor opinion de sí mismo, porque se tiene mejor opinion de los hombres.»

(2) M. AURELIO, *Pensamientos*, I, 7.

(3) IBID., II, 13.

D., *Pensamientos*, X, 1.

Esta unidad rige, sobre todo, á los seres inteligentes, puesto que «una sola y misma alma ha sido repartida entre los animales racionales» (1).

¿Cuál es la consecuencia de esta unidad de los hombres en Dios? «Un sagrado parentesco une á cada hombre con todo el género humano. Y puesto que todos los seres racionales son nuestros parientes, el querer á nuestros semejantes está en la naturaleza del hombre» (2). La caridad es el lazo de la sociedad humana. El que no ama á sus semejantes, el que se deja arrastrar á odiar á un solo hombre, por esto sólo se separa de la humanidad; rompe en cuanto está de su parte el lazo que le une con Dios. Marco Aurelio expresa esta idea en una bella imágen: «Una rama desgajada del tronco á que pertenecía, queda necesariamente separada del árbol entero: así el hombre, separado de un hombre, queda separado del cuerpo social. El que corta la rama es un extraño, miéntras que es el hombre mismo quien se separa de su prójimo por el odio, por la aversion, ignorando que al mismo tiempo se separa de la ciudad entera. Sin embargo, Júpiter, el dios que ha reunido á los hombres en sociedad, nos concede un privilegio: nos permite volvernos á unir á aquellos que son nuestros prójimos y volver á ser una parte necesaria para la integridad del conjunto. Pero si la separacion es muy frecuente, presenta el inconveniente de que lo que se ha separado no puede volverse á unir fácilmente y colocarse en su antiguo lugar. Si, digan lo que quieran los jardineros, siempre hay diferencia entre la rama que ha vegetado siempre, que ha respirado sin cesar con el árbol, y la que, despues de haber sido cortada, ha vuelto á ser empalmada de nuevo» (3). La caridad domina toda la doctrina de Marco Aurelio; no le falta para ser cristiano más que haber conocido á Cristo.

El emperador profesa la misma sumision que Epicteto hacía la voluntad de Dios; pero el sentimiento que la inspira no es ya el orgullo filosófico, sino casi la humildad cristiana: «Es preciso mostrarse sumisos con los dioses, con sencillez, porque el orgullo de

(1) M. AURELIO, VII, 9; IX, 8.

(2) IBID., XII, 2; III, 4.

(3) IBID., *Pensamientos*, XI, 8.

la modestia es el más insoportable de todos» (1). Marco Aurelio no estima ni á la ciencia, ni al filósofo estóico; trabaja tambien por su perfeccionamiento, pero no hace consistir la perfeccion exclusivamente en el desprecio de las cosas exteriores: la hace consistir principalmente en la caridad (2). Expresa en una frase lo que debe ser el hombre de bien: debe ser *el sacerdote de Dios* (3). Tomada en toda su profundidad, esta idea es el fundamento del cristianismo. Si todos somos sacerdotes de Dios, no hay ya castas: el hombre es el igual del hombre, su hermano, como hijos de Dios; la ley del amor rige á la humanidad.

La idea del sacerdocio del hombre tiene un escollo: puede inspirar el desprecio de las cosas humanas, el abandono del mundo, la absorcion en Dios. Esta falsa concepcion de la vida es la que domina en los ascetas cristianos. Marco Aurelio tiene tambien un desprecio de la vida, que recuerda los sentimientos y hasta las expresiones de los cristianos más espiritualistas: «La materia de cada cosa no es más que podredumbre: agua, polvo, huesos, hedor..... Hé aquí tambien lo que es toda porcion de nuestra vida, cada objeto que cae bajo nuestros sentidos. ¡Todo no es más que hedor y podredumbre en el fondo!» (4). Marco Aurelio, del mismo modo que los cristianos, no encuentra consuelo más que en el pensamiento de la muerte. «Lo que tanto estimamos en la vida no es más que vacío y pequeñez; perros que muerden, niños que luchan, que rien y que poco despues lloran. *La fe, el pudor, la justicia y la verdad han abandonado la tierra espaciosa y se han remontado al Olimpo* (5). ¿Qué es, pues, lo que te retiene aquí abajo? ¿Qué esperas? Esperas con calma el instante en que vas á extinguirte, á cambiar de lugar tal vez..... La muerte es el fin del combate que celebran nuestros sentidos, de las sacudidas que nos imprimen nuestros deseos, de los extravíos del pensamiento, de la servidumbre que nos impone nuestra carne» (6).

(1) M. AURELIO, x, 14; XII, 27.

(2) IBID., x, 15; VIII, 8; IV, 10; I, 3.

(3) IBID., III, 4.

(4) IBID., *Pensamientos*, IX, 36; VIII, 37.

(5) Esta cita está tomada de HESÍODO (*Op. et Dies*, v. 195-197).

(6) M. AURELIO, *Pensamientos*, v, 33; VI, 28. Compárese v, 10.

Felizmente el misticismo se halla combatido en Marco Aurelio por otros sentimientos. El filósofo era emperador, y no se creía con derecho á abandonar el puesto en que le habia colocado la Providencia. Y ademas habia en su alma un fondo inagotable de amor. Si desprecia la vida, se guarda muy bien de despreciar á los hombres; el espectáculo de sus insensatas agitaciones no le inspira ni orgullo ni desden; despierta su compasion y su caridad. Esperando que la muerte venga á libertarle, ¿qué ha de hacer? ¿Abandonará el mundo para no pensar más que en su perfeccionamiento? No; «honrará, ensalzará á los dioses, hará bien á los hombres.» Aquí brilla toda la grandeza de Marco Aurelio: siente el mismo desprecio por aquella corrompida sociedad del Imperio que aquellos innumerables cristianos que corren al desierto; pero no huye de los hombres, permanece en medio de ellos para hacerles el bien (1). Sigámosle en esta senda de caridad.

La naturaleza nos ha hecho particularmente los unos para los otros (2). ¿Cuáles son las consecuencias del parentesco natural de los hombres? No solamente produce aquella ley negativa de que es menester no hacer mal á nadie, sino tambien esta ley positiva, que Marco Aurelio llama, como los cristianos, *el amor del prójimo, un tierno afecto hácia los hombres* (3). La caridad cristiana está frecuentemente viciada por un sentimiento de personalidad, digamos la palabra, por el egoismo: el cristiano ama á Dios, ama á los hombres, pero con su cuenta y razon, con la mira de que este amor le proporcione la salvacion. Esto es corromper la caridad en su esencia, puesto que el desinterés es incompatible con el cálculo, aún cuando se haga sobre la felicidad de la vida futura. En Marco Aurelio no hay ni sombra de personalidad: hace el bien, porque la naturaleza del hombre es hacer el bien: «¿Qué más pides tú, al hacer el bien á los hombres? ¿No te basta haber hecho algo conforme á tu naturaleza, y quieres ser recompensado por

(1) M. AURELIO, VII, 3, v, 33; VI, 14.

(2) IBID., VIII, 56, 59; XI, 18.

(3) IBID., *Pensamientos*, XI, 1; III, 6.—«Ama á los hombres con quienes tu destino es vivir y ámalos con un amor verdadero (IB., VI, 39. C. III, 9). Es propio del hombre el ser benévolo con sus semejantes» (IB., VIII, 26).

ello? Esto es lo mismo que si el ojo pidiese un premio porque ve, ó los piés porque andan, porque del mismo modo que estas partes del cuerpo han sido criadas para un cierto fin y que llenando la funcion que exige su estructura hacen lo que les es propio, el hombre nacido para hacer el bien no hace, cuando presta un servicio, cuando acude en socorro de los demas, más que lo que exige su organizacion; ha llenado su objeto» (1).

La caridad de Marco Aurelio tiene todavía otro móvil, que es el lazo de solidaridad que une á los hombres: «La misma relacion de union que tienen entre sí *los miembros del cuerpo* tienen entre sí los seres racionales, aunque separados unos de otros, porque están hechos para cooperar juntos á una misma obra. Este pensamiento conmovió tu corazón aún más vivamente si te dices frecuentemente á tí mismo: *yo soy un miembro de un solo cuerpo, que lo constituyen los seres racionales*. Si dices solamente que eres una parte de él, no amas aún á los hombres con todo tu corazón; no sientes al hacerles bien ese placer que da la acción pura y simple; no lo haces todavía más que por bien parecer, y no como si hicieses tu propio bien (2). Cuando los hombres estén bien convencidos de que son *miembros de un solo cuerpo*, encontrarán en hacer el bien el mismo placer que tendrían en hacer su propio bien.» La felicidad de todos será la regla constante de cada uno (3). En definitiva, la moral de Marco Aurelio conduce al precepto de una beneficencia incesante y universal (4).

La caridad de Marco Aurelio recuerda la mansedumbre de Cristo en los numerosos *pensamientos* que se refieren á la benevolencia que debemos mostrar aún con los malos. Epicteto rechaza la venganza, pero no es tanto la caridad como el orgullo filosófico quien le inspira el desprecio de las injurias. Marco Aurelio perdona á los que le faltan, y los ama (5). «¿Que alguno me desprecia? esto es

(1) M. AURELIO, IX, 42.

(2) IBID., VII, 13.

(3) IBID., *Pensamientos*, VIII, 23: «Tengo que hacer alguna cosa, la hago refiriéndola al bien de los hombres.»

(4) IBID., XII, 29: «La salvación de nuestra vida es practicar la justicia con toda nuestra alma. ¿Qué queda después de esto más que gozar de la vida uniéndola una buena acción á otra, sin dejar entre ellas vacío alguno?»

(5) IBID., VII, 26, 22; IX, 11, 22, 27; VII, 65; XI, 9.

cuenta suya. En cuanto á mí, cuidaré de no hacer ni decir nada que sea digno de desprecio. ¿Me odia alguno? Es cuenta suya. En cuanto á mí, soy dulce y benévolo con todo el mundo; estoy dispuesto á hacer ver á cualquiera que se equivoca, no por reprenderle, sino manifestando tolerancia, franqueza y bondad, porque es necesario que esta conducta nazca del corazón y que los dioses vean en nosotros un hombre resignado y que no se queja» (1). Marco Aurelio dice lo mismo que Epicteto: «El que peca, peca contra sí mismo; la injusticia que se comete recae sobre su autor, puesto que él mismo se hace malo.» Pero añade: «quizá no ha pecado» (2). Este rasgo de indulgencia es característico; es un grito que parte del corazón. El emperador filósofo procura atraer á sus enemigos al bien con una dulzura angelical: «La benevolencia es invencible siempre que sea sincera, sin disimulo ni artificio. ¿Qué podría hacerte el más malo de los hombres, si le trataras perseverantemente con bondad? Si en el momento oportuno le exhortases apaciblemente y le dieras sin cólera, cuando se esfuerza en hacerte daño, lecciones como ésta: «¡No, hijo mío! Hemos nacido para otros fines. No soy yo quien experimentará el mal, sino tú mismo que te le causas, hijo mío.» Hazle ver con la mayor dulzura que esta es la regla. No te burles ni le reprendas; háblale con verdadero afecto, con un corazón en el que no domina la cólera.» Estos sentimientos de Marco Aurelio tienen su origen en el dogma de la fraternidad: «El hombre que me falta es mi hermano; no puedo, pues, irritarme contra él ni experimentar odio, porque hemos nacido para ayudarnos mutuamente; la hostilidad de los hombres entre sí es, pues, contra naturaleza; así, pues, el sentir en sí indignación, aversión, es una hostilidad» (3).

Salgamos por un momento del terreno de esta filosofía evangélica, para entrar en el terreno de los hechos. El autor de los *Pensamientos* gobernó el Imperio en las circunstancias más difíciles; permaneció fiel á sus máximas de indulgencia en la guerra civil y extranjera. Avidio Cassio se rebeló y tomó el título de empera-

(1) M. AURELIO, XI, 13.

(2) IBID., IX, 4; IX, 38.

(3) IBID., *Pensamientos*, II, 1; IV, 3; VII, 26.

dor. Era un Romano de los antiguos tiempos, que juzgaba á Marco Aurelio demasiado cosmopolita para profesar amor á su patria (1). Su rebelion era como la insurreccion del espíritu duro y mezquino de Roma contra la humanidad y el cosmopolitismo encarnados en los Antoninos. Cassio fué vencido y condenado á muerte: su cabeza fué presentada á Marco Aurelio. El Emperador se afligió por haber perdido aquella ocasion de ejercer su clemencia; trató con generosidad á los hijos del culpable y á sus cómplices; perdonó á las ciudades que habian abrazado el partido de Cassio (2). Marco Aurelio escribió al Senado para recomendarle la piedad: «Os ruego y conjuro que pongais límites á vuestro rigor, y que deis á conocer mi clemencia ó más bien la vuestra, no pronunciando ninguna sentencia de muerte. Que no se castigue á ningun senador, que vuelvan á sus hogares los deportados; ¡ojalá me fuera posible llamar á algunos que duermen ya en el sepulcro!» (3).

Marco Aurelio manifestó estos mismos sentimientos en la administracion de la justicia: su costumbre, dice su biógrafo, era disminuir para todos los crímenes las penas determinadas por la ley. La misma indulgencia mostró con los prisioneros de guerra (4). En verdad Cassio tenía razon al decir que Marco Aurelio no era un Romano. La humanidad en las guerras civiles, la humanidad para con los criminales y cautivos, era lo opuesto de la virtud romana. Pero el tiempo de aquella virtud habia pasado; se acerca otra edad, en la cual se ha de respetar la cualidad de hombre en el extranjero y en el enemigo lo mismo que en el ciudadano. Esta humanidad constituye el fondo del cosmopolitismo á Marco Aurelio.

Se proclama ciudadano del mundo: «Como Antonino, tengo una ciudad, una patria, que es Roma; como hombre, todo el

(1) HIST. AUG. (*Vit. Cass.*, c. 13).

(2) IBID. (*Cass.*, c. 13; *Anton.*, 26; *Marc. Aurel.*, 25, 26).

(3) IBID. (*Cass.*, c. 12).—DION. CASS., LXXI, 26, 28.

(4) IBID. (*M. Aurel.*, 24). Los historiadores alaban la clemencia que demostró hácia el Rey de los Quados (CREVIER, *Historia de los Emperadores*, libro XX, t. IV, p. 519).

mundo» (1). Su cosmopolitismo, así como el de Epicteto, es una doctrina moral; pero el emperador se preocupa ménos de sí mismo que del bien de la sociedad: «Teniendo presente que soy una parte del universo, recibiré con placer todo lo que me suceda: y mientras tenga una relacion de parentesco con las partes de la misma especie que yo, no haré nada que no se encamine al bien de la sociedad. Mas aún, lo referiré todo á estos seres de la misma especie que yo: dirigiré toda mi actividad al bien general, y la separaré de todo lo que sea contrario á éste» (2).

Los sentimientos cosmopolitas tienen su escollo lo mismo que el patriotismo. ¿Merece Marco Aurelio la acusacion de olvidarse de su patria, que le dirigian sus enemigos? Si bien es ciudadano del mundo, no por eso deja de ser ciudadano de Roma; al lado de los intereses de la humanidad, tiene presentes los deberes respecto del Estado (3). La conducta del emperador estuvo en armonía con la doctrina del filósofo. Pasó una parte de su vida en los bosques de la Germania. ¿Qué pensamientos le inspiró el espectáculo de la guerra? Marco Aurelio tenía un alma dulce y amante; sus principios de fraternidad y de caridad eran inconciliables con las luchas sangrientas de los hombres. Los combates de los gladiadores le inspiraban aversion (4); la guerra le parecia una especie de pillaje (5). Sin embargo, el emperador no retrocedió ante la lucha con los Bárbaros y se portó como un héroe. Pero aquel heroismo no le ilusionaba: á sus ojos era una grandeza de poca importancia; aprecia á los sabios infinitamente más que á los conquistadores: «¿Qué valen Alejandro, César y Pompeyo, en comparacion de Diógenes, Heráclito y Sócrates? Estos conocian las cosas y su esencia; sus almas tenían siempre la misma tranquilidad, al paso

(1) M. AURELIO, *Pensamientos*, VI, 44.

(2) IBID., X, 6; V, 16; IX, 9.

(3) IBID., VI, 7; XI, 21; VI, 54.

(4) CAPITOLIN., *M. Aurel.*, c. XI.

(5) M. AURELIO, *Pensamientos*, X, 10: «Una araña está orgullosa cuando ha cogido una mosca; hay hombre que se enorgullece de haber cogido una liebre; otro, sardinas en la red; otro, jabalies; otro, osos; otro, Sármatas. ¿No son estos también bandidos si se examinan bien los principios que los guían?»

que las de los otros ¡cuántos proyectos diversos concebían! ¡cuántas especies de esclavitud!» (1).

Marco Aurelio despreciaba las cosas humanas, estaba disgustado de la vida: ¿cómo había de ser ambicioso? Participa de los sentimientos de los estoicos acerca de la gloria: «¿Vendrá tal vez á agitarte la vanidad de la gloria? Considera entónces con qué rapidez sepulta el olvido todas las cosas: qué abismo infinito de tiempo tienes así delante como detras de tí; cuán vana cosa es un ruido que resuena; cuán variables y desprovistos de juicio son los que parecen aplaudirte: en fin, lo reducido del círculo á que se extiende tu fama: porque la tierra entera no es más que un punto; y ¡cuán pequeña es además la parte que en ella ocupamos! y en este rincón, ¿cuántos hombres hay, y cuáles, para celebrar tus alabanzas?» (2) La fama fatiga al emperador filósofo: se reconcentra en sí mismo. No lo consignamos como un mérito. Si las inteligencias más poderosas, si las almas más bellas huyen de la sociedad, ¿qué será del progreso de la humanidad? No declamemos contra la ambición y la gloria, con tal que tengan por objeto los grandes intereses de la civilización.

Para excusar á Marco Aurelio, recordemos que vivió en una época de decadencia general y que carecía de fe en el progreso (3). Se abandonó á una especie de fatalismo y se reconcentró en sí mismo. Cuando muere un mundo y el porvenir está cubierto de tinieblas, tal vez puede permitirse á las almas elevadas que se retiren á su fuero interno (4). ¡Grandes y admirables son los que, como Marco Aurelio, no se han preocupado en la soledad de su alma más que de la felicidad de sus semejantes!

(1) M. AURELIO., *Pensamientos*, VIII, 3.

(2) *IBID.*, IV, 3. Compárese III, 10; IV, 9; VIII, 21; IX, 30.

(3) El que ve el presente lo ha visto todo, no sólo las cosas que han sido de toda eternidad, sino las que serán hasta lo infinito; porque todo es siempre de la misma naturaleza y de la misma forma» (*Pensamientos*, VI, 37).—«Nada hay nuevo; todo es conocido y nada dura más que un instante» (*Pensamientos*, VII, 1).

(4) «Nur in Zeiten, wo die Wirklichkeit eine hohle geist- und haltungslose Existenz ist, mag es dem Individuum gestattet sein, aus der wirklichen in die innerliche Lebendigkeit zurück zu fliehen» (HEGEL, *Philosophie des Rechts*, § 138).

§ VIII.—La filosofía religiosa.

N.º 1.—*La filosofía pagana y el cristianismo.*

Se ha creído durante mucho tiempo que habían existido comunicaciones directas entre la filosofía pagana y la tradición cristiana. La analogía de las doctrinas es evidente; pero, desconociendo la idea del progreso, que hubiera podido explicarla, se supuso que los filósofos se habían inspirado en los libros sagrados de los cristianos y de los Judíos (1). El orgullo de los Hebreos favoreció estas hipótesis. Un judío alejandrino, Aristóbulo, reivindicó para su patria la gloria de haber iniciado á la Grecia en la filosofía; supuso la existencia de una antigua traducción de la Biblia, en la cual, según él, habían adquirido Platon y Aristóteles su sabiduría; forjó versos que atribuyó á Orfeo, á Lino, á Hesiodo, y que demostraban que desde los tiempos más remotos habían tenido los Griegos conocimiento de las instituciones del pueblo de Dios: una interpretación alegórica le ayudó á encontrar en los libros sagrados todas las especulaciones de la filosofía griega (2). Philon fué más allá en el camino de las alegorías. Moisés no fué ya el legislador de un pueblo aislado, sino un filósofo como Sócrates: el atrevido intérprete no se contentó con exponer la relación entre Heráclito, Zenon y la sabiduría hebráica, sino que declaró á Licurgo y Solon tributarios de los Hebreos (3).

Los padres de la Iglesia adoptaron con avidez estas hipótesis. Sorprendíales la semejanza que existe entre las enseñanzas de Cristo y la doctrina de Platon; pero hubieran temido injuriar á la divinidad de su maestro, admitiendo que la razón humana por su solo poder hubiera sido capaz de alcanzar aquella altura; todo lo

(1) SELDEN, *De jure naturali et gentium*, I, 2.

(2) VALCKENAER, *De Aristobulo philosopho judaico peripatético*.—El historiador JOSEFO repite estas fábulas. Según él, Pitágoras, Platon y todos los filósofos griegos son discípulos de Moisés (c. *Apion.*, I, 22; II, 16).

(3) PHILON., *Quis rer. divin. haer.*, p. 346 ed. Turneb.; *Quod omnis probus liber*, p. 598; *De Mose*, II, p. 447.